

BLIND SPOT



Gerardo Cárdenas

colección **[dis]** locados

BLIND SPOT

Gerardo Cárdenas

colección **[dis]** locados

literalpublishing

Este libro fue posible gracias al apoyo del Humanities Research Center y la School of Humanities de Rice University.



Blind Spot

Primera edición 2015

Todos los derechos reservados
D.R. © 2015, Gerardo Cárdenas

D.R. © 2015, Literal Publishing
5425 Renwick Dr.
Houston, TX 77081
www.literalmagazine.com

ISBN: 978-1-942307-05-1

Ninguna parte del contenido de este libro puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso de la casa editorial.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

<i>Dramatis personae</i>	9
Prólogo	13
Acto 1	
<i>Escena 1</i>	17
<i>Escena 2</i>	25
<i>Escena 3</i>	33
Acto 2	
<i>Escena 1</i>	43
<i>Escena 2</i>	51
<i>Escena 3</i>	59
Acto 3	
<i>Escena 1</i>	69
<i>Escena 2</i>	77
<i>Escena 3</i>	85

BLIND SPOT

Dramatis Personae

POW: Prisionero de guerra en Irak. No se conoce su nombre ni se ve su rostro.

VOZ 1 (HOMBRE): Captor de Pow, al que interroga.

VOZ 2 (HOMBRE): Captor de Pow, al que interroga.

VOZ 3 (MUJER): Captora de Pow, al que interroga.

RAMÓN GARCÍA: Ex combatiente de los Marines en Irak, regresa a su casa tras la guerra.

EUGENIA GARCÍA: Madre de Ramón, ama de casa.

DANIEL GARCÍA: Padre de Ramón, carpintero.

LT. COL. GONZÁLEZ: Teniente Coronel del cuerpo de Marines, superior y protector de Ramón.

URBAN: Soldado de origen polaco, compañero de Ramón con los Marines en Irak.

SOLDADO 1: Soldado de la Policía Militar.

SOLDADO 2: Soldado de la Policía Militar.

GRUBER: Soldado del cuerpo de Marines, a las órdenes de González.

NIELSEN: Soldado del cuerpo de Marines, a las órdenes de González.

VAN DE KORPUT: Soldado del cuerpo de Marines, a las órdenes de González.

ROGERS: Médico militar adscrito al cuerpo de Marines.

CAMILLEROS: Asistentes de Rogers en Irak.

Quaesivit cum moriebatur ubi essent umbrae
Pascal Quignard, *Las sombras errantes*

PRÓLOGO

Escena única

Oscuridad total en el escenario. Se escucha un sonsonete, una especie de canto monótono que parece venir del centro de la escena.

Después de unos segundos, un reflector ilumina a un hombre desnudo, atado y encapuchado, acostado en el suelo en posición fetal. Su canto incoherente aumenta en volumen conforme la luz separa el lugar donde se encuentra del resto del escenario en penumbras.

Pow: ¡Aparten de mí esta sombra, este silencio! ¡Apártenlos de mí!
¡Esta humedad, este calor sin nombre! ¡Mátenme, mátenme,
mátenme si a eso me trajeron! ¡Desgraciados!

(Guarda silencio).

¡Mátenme! ¡No soy nadie, no soy nada, soy una sombra, una sombra entre todas estas sombras, un escupitajo que se traga el sol!

(Guarda silencio).

Se pone de rodillas y, conforme habla, se va incorporando y dando erráticos y tambaleantes pasos seguido por el reflector.

Pow: ¿Qué quedará de mí cuando al final me maten, sino un montón de mierda, unas gotas de sudor, las marcas de estas cuerdas sobre mis muñecas y mis tobillos? ¿Qué quedará de nosotros al final, sino es que estamos todos atados y encapuchados sin saberlo, si todos al final somos prisioneros de guerra, torturados, obligados a denunciar a nuestros compañeros, abandonados, exprimidos,

mueritos? Preso, vivo oculto como las larvas, pero no saldrá de mí una mariposa, ni siquiera una mosca. Voy marcha atrás, rumbo a la tierra, cada día más parte de esta celda sin paredes ni luz. Hay una vida antes de la sombra, hubo una vida para mí y la olvidé toda, se acabó hace tiempo. Hubo una vida...

Se oyen pasos de ritmo militar. Voces. Instrucciones en un idioma incomprendible. El reflector que ilumina al prisionero disminuye en intensidad. El prisionero se arrodilla lentamente y baja la cabeza.

Voz 1: ¿Otra vez hablando solo? ¿No te das cuenta que no te sirve de nada? ¡Concéntrate, perro! ¡No nos has dado nada!

Voz 2: ¡Concéntrate! ¡Dinos el número completo de integrantes de tu unidad, cuántas armas tienen, dónde están sus vehículos blindados! ¡Tarde o temprano te lo arrancaremos, perro, o te arrancaremos las uñas!

Pow (*sollozando*): Por favor, ya no. Ya no. Ya les dije lo que sé. Ya no. Mátenme.

Voz 1 y Voz 2 hablan atropelladamente, a gritos, con tono amenazante, ahogando la voz de POW que se va reduciendo físicamente, como si tratase de ocultarse en el suelo. De pronto un silencio, que precede a Voz 3, una voz suave y maternal de mujer.

Voz 3 (*dulcemente*): Es lo que más te conviene, pequeño. ¿No quieres volver a tu casa, no quieres volver a ver a tus padres, a tus hermanos, no quieres volver a tu pueblo? Volverás como héroe. Danos lo que te piden mis compañeros. No hay mayor tortura que la que tú mismo te impones con tu silencio. ¿A quién le

sirve tu silencio, hijo? ¿A quién? ¿Crees que importa? ¿No ves el juego en que caemos todos? Somos meros juguetes, pero sólo a Dios pertenece la verdad. Sólo a él. Entrégnos la verdad y se la estarás entregando a él. Y sólo él vela por ti. Nadie más. No ellos, no tu país. Ni nosotros. Sólo Dios. ¿Quieres piedad? Acude a él. Entrega tus secretos.

Silencio interrumpido por los débiles sollozos de Pow. Se escuchan las voces 2 y 3 alejarse progresivamente, en conversación que se va perdiendo con la distancia. Sólo Voz 1 permanece.

Voz 1: Perro infame. No mereces nada.

Se abre una rendija de luz y se ve cómo alguien arroja un plato de lámina con comida hacia el prisionero. La comida se esparce por el escenario.

Voz 1: Perro de mierda. Ni estas sobras podridas mereces. Cómelas si puedes. Ya vendremos después a ver si estás dispuesto a cooperar un poco más.

Voz 1 se aleja, marcando sus pasos con aire marcial. La escena queda en silencio por un segundo, pero el silencio es inmediatamente reemplazado por un ensordecedor zumbido, como de un enjambre de insectos gigantes. Pow se arrastra como un gusano, buscando la oscuridad.

ACTO I

Escena 1

Dormitorio en casa de los padres de Ramón García, Daniel y Eugenia. Una cama, una mesa escritorio con una silla, una cómoda. Paredes desnudas excepto por un cuadro de la virgen de Guadalupe a cuyo pie hay una bandera de México y otra de Estados Unidos. Cortinajes sencillos. Una puerta a la izquierda del escenario y otra a la derecha. Se oye música a la distancia. Se abre la puerta de la izquierda y entra Eugenia seguida de Ramón. Ramón viste uniforme de combate de los Marines y carga su costal reglamentario. Eugenia lleva un vestido sencillo, el pelo recogido y tiene puesto un delantal.

EUGENIA (*con entusiasmo*): ¡Pasa, hijo, pasa! (*Hace ademán de enseñar la habitación a Ramón mientras este deja su costal en el suelo y alternativamente mira a su madre y a la habitación*). ¡Todo está exactamente como lo habías dejado! Bueno, yo guardé tu Biblia en mi habitación, después te la devuelvo. Tus ropas están en la cómoda y en el armario.

RAMÓN: El cuadro de la virgen, ese yo no lo tenía...

EUGENIA: ¡Ay, hijo! Ese lo puse yo aquí desde el día mismo en que te fuiste. Todas las noches venía yo, antes de irme a dormir, y pasaba 15, 20 minutos, media hora, rezando ante nuestra Señora,

pidiendo por ti, para que te regresase sano y salvo. Y mira: me cumplió el milagro.

(Se le tira al cuello. Ramón recibe el abrazo pero, con visible incomodidad, la aleja poco a poco).

EUGENIA: Este es tu cuarto, hijo, siempre lo será. Aún tu padre lo respeta, pese a toda la de cosas que me decía cuando venía yo por las noches a rezar. Nunca entró aquí, así que nunca molestó nada.

RAMÓN: Mi padre... ¿Dónde está?

EUGENIA *(bajando la vista)*: Ay hijo... ya sabes... si no quiso ni ir al aeropuerto. Estará encerrado en nuestra habitación, o trabajando en su taller en el sótano. Él sabe que estás aquí.

Silencio incómodo. Ramón recorre lentamente la habitación, se sienta por un momento en la silla frente al escritorio, se incorpora, toca el material de las cortinas, acomoda las banderas. Luego se sienta en la cama, como probándola y se acuesta en ella, cruzando los pies. Todo esto, mientras su madre lo mira en silencio con expresión de tristeza.

RAMÓN: Bueno, mamá, pues dile que estoy aquí, en mi cuarto, y que me gustaría verlo.

EUGENIA: Bueno, yo le digo. No sé si va a querer venir. ¿Quieres un cafecito? Tengo café recién hecho. ¿O un vaso de leche y unas galletas, como antes?

RAMÓN: No mamá, gracias, no quiero nada. Quiero estar solo, quiero descansar.

EUGENIA: ¿Quieres que ponga a lavar tu ropa?

RAMÓN: No mamá, no hace falta, muchas gracias; de verdad, sólo quiero estar solo. Estoy cansado, quisiera dormir un poco.

EUGENIA: Entiendo, hijo. (*Hace ademán de salir, pero cambia de opinión*). Hijo, acuérdate que los invitados van a comenzar a llegar como a las ocho. Descansa, yo te aviso, pero si quieres hay ropa limpia y planchada en tu ropero. Digo, no creo que quieras recibir a los invitados en tus ropas de militar. ¡Ponte guapo!

RAMÓN: (*Gruñido incomprensible*).

EUGENIA: Hijo...

RAMÓN: Dime.

EUGENIA: ¿Estás bien? ¿De verdad estás bien?

RAMÓN: ¿Por qué he de estar mal?

EUGENIA (*avanza hacia la cama y se sienta a los pies de la misma*): Hijo, una oye cosas. Cuando nos dijeron que te tenían preso los iraquíes... yo hablé con otras señoras del barrio; sus hijos también habían ido a Irak y a Afganistán. Los que volvieron, pues... (*Guarda silencio y acaricia la mano de su hijo*).

RAMÓN (*impaciente*): ¿Qué, mamá? ¿Qué?

EUGENIA: Pues es que... de los que volvieron, muchos vinieron mal.

Tenían pesadillas horribles, hablaban solos, no podían trabajar. Varios de los que estaban casados ya se divorciaron, algunos hasta con hijos chiquitos, no sabes qué cosa tan triste. ¿Te acuerdas de doña Simona, la que trabaja en el Dunkin Donuts?

RAMÓN: Sí, sí me acuerdo.

EUGENIA: Pues dos de sus hijos fueron a Afganistán. Y Pascual, el mayor, se fue de su casa a los seis meses de haber regresado y dicen que lo han visto por la Michigan Avenue pidiendo limosna y que vive con otros *homeless* ahí abajo en el Wacker Drive. Y Felipe, el menor, yo no te iba a decir hasta después porque tú jugabas mucho con él, de chiquitos, en el parque, ¿te acuerdas? Pues no hace ni tres meses que se mató de un tiro en la cabeza. Llevaba semanas viviendo en el sótano de doña Simona, sin buscar trabajo, sin bañarse, sin comer ni nada. Hasta daba miedo, y una tarde en que estaba lloviendo bien recio, pues se pegó un tiro y no se dieron cuenta porque pensaron que era un trueno. Y tú dime, ¿ahora qué va a hacer esa pobre mujer, sin dos sus hijos, con su marido casi inválido?

(Guardan silencio).

RAMÓN: Mamá...

EUGENIA *(sollozando)*: ¡Ay Ramón! Yo no quiero que te pase nada, mijo. ¡Nada! Pero necesito oír que estás bien. Hasta tu padre, con todo su pinche orgullo, está preocupado por ti. Son muchas cosas que una oye por ahí. Si tienes algo, quiero saberlo. A lo mejor podemos ir con un médico o con un siquiatra. Con alguien.

RAMÓN (*incorporándose en la cama y abrazando a su madre*): No tengo nada, mamá. En serio. Nada. Sólo mucho cansancio, mucho cansancio. Quiero descansar. Fue un vuelo muy largo y tuve que hablar con mucha gente. Te prometo que estoy bien, que nada va a pasar conmigo. Pero lo único que quiero por ahora es descansar. ¿Está bien?

EUGENIA (*más tranquila*): ¿Quieres que cancelemos la fiesta?

RAMÓN: ¡La fiesta! No, qué va. Me imagino que trabajaste muy duro. No, está bien, no te preocupes. Estoy seguro que conque duerma un par de horas me voy a sentir bien. No tienes de qué preocuparte.

EUGENIA: Eres mi único hijo, ¿cómo no voy a preocuparme? Cuando nos dijeron que te habían capturado y que estabas preso, y que no sabían ni dónde te tenían, te juro que sentí que me moría, pensé... pensamos tu padre y yo que ya nunca te volveríamos a ver. Que a lo mejor hasta iban a hacer un video de esos, de los que ponen en YouTube, y que ahí te iban a ejecutar. No dormía, hijo, me puse bien mala, no dormía nada. Tu padre tampoco. Así pasamos meses. Hasta que finalmente un día nos llamaron y nos dieron la noticia de que te habían liberado, que ya estabas en no sé qué cuartel, que estabas vivo... (*Vuelve a sollozar*). Ese día pude dormir otra vez. Y tu padre, yo sé que también, por mucho que se trague el orgullo y el coraje. Él también descansó.

(*Nuevo silencio incómodo*).

RAMÓN: Bueno, mamá, no hay nada que temer...

EUGENIA: Hijo, ¿supiste lo de los otros, verdad?

RAMÓN: ¿Qué otros?

EUGENIA (*con ansiedad*): Tus compañeros de pelotón. Te dijeron, ¿verdad? ¿Te dijeron que al poco que te capturaron a ti, a ellos los mataron en una emboscada? Lo sabías, ¿verdad?

(*Ramón se tumba de nuevo en la cama*).

RAMÓN: Sí, mamá, lo supe. Murieron todos.

EUGENIA: Lo siento. Lo siento mucho.

RAMÓN: Ya no importa, mamá. Ya nada importa. Ya no hay nada que hacer. Pero gracias, de veras.

EUGENIA: Te dejo descansar, hijo. Pero quiero que sepas que estoy aquí, para ayudarte. Sea lo que sea, por favor, háblame.

(*Ramón guarda silencio y cierra los ojos. Eugenia se levanta de la cama, echa una mirada alrededor de la habitación y sale en silencio*).

SILENCIO ABSOLUTO EN ESCENA. SE DEJA OÍR MÚSICA. LAS LUCES SE VAN APAGANDO HASTA QUE SÓLO UN REFLECTOR, SOBRE EL CUERPO DE RAMÓN, ILUMINA EL ESCENARIO.

Ramón duerme, pero su sueño es inquieto. Habla de forma incoherente. Tras el momento de mayor agitación se incorpora repentinamente, con los ojos bien abiertos, escudriñando las sombras pero sin poder ver nada en

ellas. Se sienta sobre el borde de la cama y pone la cabeza entre las manos, después se acuesta en el suelo, debajo de la cama.

VOZ 3 (*dulcemente*): Tu sacrificio salva vidas, pequeño. Tu sacrificio te engrandece. Hoy has ganado el cielo.

RAMÓN (*a gritos*): ¡Hoy he ganado el infierno! ¡Prefiero que me maten, todo se ha terminado!

VOZ 3: Tu camino apenas empieza. Has nacido a una nueva vida. Ten fe, y ten paciencia, hijo.

RAMÓN (*gritando*): ¡No me diga hijo! ¡Yo no soy su hijo, yo no soy su hijo, yo no soy su hijo!

VOCES 1, 2, 3: (*Carcajadas*).

RAMÓN: ¡Nooooooooooooooooooooo!

Ramón rueda hacia el centro de la habitación, seguido por el reflector. El reflector se apaga. Las luces vuelven a encenderse lentamente en el escenario. Boca abajo, Ramón llora amargamente.

TRANSICIÓN PROGRESIVA HACIA UNA OSCURIDAD TOTAL.

Escena 2

Sótano en la casa de los padres de Ramón. El sótano está habilitado como un taller de carpintería. Hay muebles terminados y muebles a medio hacer junto con las herramientas necesarias para construirlos. Daniel, padre de Ramón, en el centro del escenario, trabaja minuciosamente en una silla de respaldo alto. Es un hombre viejo pero fuerte. Viste un overol de mezclilla sobre una camiseta sucia; se limpia el sudor con un pañuelo que guarda en el bolsillo trasero del overol. A lo lejos se escucha una música animada, risas, ambiente de fiesta. Se abre una puerta a la derecha del escenario y entra Ramón. Viste una camiseta de un equipo de fútbol y blue jeans. Trae un vaso en la mano.

RAMÓN: Hola.

DANIEL: *(No contesta y sigue trabajando).*

RAMÓN: Papá...

DANIEL: *(Aún sin respuesta).*

RAMÓN: ¿No vas a subir?

DANIEL *(secamente)*: ¿Por qué? ¿Qué hay arriba?

RAMÓN: Tú sabes..

DANIEL: No. No sé.

Nuevo silencio incómodo entre los dos. Mientras Daniel trabaja, Ramón camina nerviosamente por el sótano, revisando herramientas y muebles y dándole tragos, de vez en cuando, a su bebida

RAMÓN: Hay una fiesta, allá arriba.

DANIEL: ¿Ah, sí? ¿Se casó alguien?

RAMÓN (*con fastidio*): Papá...

DANIEL: Estoy muy ocupado, dale saludos de mi parte a los invitados.

RAMÓN: La fiesta es para mí.

DANIEL: ¡Ah! ¿Te casaste? Felicidades...

RAMÓN: Papá, ¿puedes parar un momento?

DANIEL: (*Lo mira de arriba para abajo. Deja sus herramientas y del bolsillo trasero de su overol extrae una cajetilla de cigarros. Saca uno y lo enciende con un cerillo*). Tú dirás.

RAMÓN: Papá, no podemos seguir así. Yo sé que estás enojado conmigo desde que tomé esta decisión, que nunca estuviste de acuerdo, que nunca te gustó. Pero aquí estoy de vuelta, sano y salvo. Y ya no me voy, no me voy a volver a ir.

DANIEL: Eso no lo sabes tú. No sabes si te van a volver a llamar. A cada rato están volviendo a llamar.

RAMÓN: Me puedo dar de baja. Ya cumplí mi servicio.

DANIEL: Y si te vas a dar de baja, ¿entonces para qué te diste de alta? Si no lo vas a completar... bueno... no debería extrañarme, nunca has completado nada en tu vida.

RAMÓN: Para eso me metí a los marines, para completar un proyecto, para darte esa satisfacción.

DANIEL: ¿Sí? ¡Ja! Yo no te pedí que lo hicieras. Y si te metiste para eso, entonces no me ofrezcas salirte. Ya estás adentro, ahora te quedas adentro. Asume las consecuencias de lo que has hecho.

RAMÓN: Tú no sabes lo que he hecho.

DANIEL: Ni quiero saberlo, sólo quiero saber que asumes las consecuencias de tus actos, y no ofrezcas nunca lo que no quieres cumplir.

RAMÓN: ¿Por qué me odias, papá?

(Daniel mira fijamente a su hijo. Da una larga fumada a su cigarrillo y luego lo apaga dentro de una lata de cerveza).

DANIEL: ¿Odiarte? Yo no te odio. Yo no odio a nadie.

RAMÓN: A mí, sí. Llego después de meses en Irak, de haber estado preso, de que no supieses si estaba vivo o muerto, y no fuiste

ni a recibirme al aeropuerto, ni me abriste la puerta cuando llegué a la casa. Ni siquiera subes a la fiestas que me están dando, aunque sea para saludar. ¿Cómo quieres que lo interprete?

DANIEL: Muy bien, hablemos de eso, entonces. Te enlistas en los Marines sin preguntar ni pedir opinión, sabiendo lo que pienso al respecto; te vas sin despedirte y luego, en efecto, no sabemos si estás vivo o muerto, pero tan pronto nos avisan que has sido rescatado, ni siquiera una llamada para decirme “estoy bien, ya pronto voy para allá”, y una vez llegaste aquí, nunca fuiste para buscarme sino hasta ahora en que, en mitad de la fiesta, te acuerdas que tienes padre y bajas a verme y a echarme cosas a la cara. Muy bien.

RAMÓN: ¿No te das cuenta que todo lo que he hecho, lo he hecho por ustedes, por mamá y por ti?

DANIEL: ¡Ah, chingá! Esa es nueva.

RAMÓN: Si me metí a los marines fue porque me podían dar la nacionalidad, y ahora que me la den voy a arreglarles los papeles a ustedes dos, para que se hagan ciudadanos y puedan vivir tranquilos, puedan ir a México cuando quieran y como quieran.

DANIEL: Yo nunca te pedí el favor.

RAMÓN: ¿No? ¿Quieres seguir viviendo en las sombras, quieres que mamá siga viviendo en las sombras también? ¿No te das cuenta que están deportando a montones de gente, que entran en los trabajos y en los domicilios y se llevan a la gente y la deportan así nomás? ¿Quieres seguir arriesgando todo lo que tienes?

DANIEL: No vengas a darme lecciones ni consejos de cómo vivir. Tu madre y yo hemos sabido abrirnos camino, sin papeles, con papeles, como sea. Llevamos 25 años aquí y nos iremos cuando queramos igual que llegamos cuando quisimos. Si nos agarran y nos deportan pues bueno, ya estaría de Dios, pero lo que hemos logrado ya hecho está.

RAMÓN: ¿Y dejarlo todo atrás? ¿Inclusive esta casa, que tanto trabajo les costó?

DANIEL: Esta casa la compramos peso sobre peso porque como no teníamos papeles, ni los tenemos, no hay banco que nos preste, pero para eso nos rompimos el lomo tu madre y yo y es nuestra y me da mucho orgullo. Pero eso es una cosa muy distinta.

RAMÓN: ¿Y yo?

DANIEL: Tú, ¿qué?

RAMÓN (*acercándose a su padre para confrontarlo*): A ti te parece muy bien estar como estás y hasta tomas decisiones por mi mamá. Pero yo, sin papeles, no puedo ir a la universidad.

DANIEL: Yo no puedo pagarte la universidad, eso lo habíamos hablado.

RAMÓN: Precisamente por eso...

DANIEL: Hay muchas formas de vivir sin tener que ir a la universidad, hay muchos trabajos que puedes hacer, por eso te enseñé muchos oficios.

RAMÓN: Pero nunca me preguntaste qué era lo que yo quería hacer.

DANIEL: Los privilegiados pueden hacerse esas preguntas, porque tienen tiempo y modo y dinero. Nosotros no. Nosotros tenemos que chambear.

RAMÓN: Yo quiero mejorar.

DANIEL: Pues mucho que vas a mejorar de soldadote. Ora resulta que vas a querer ser general.

RAMÓN: No, no es eso lo que quiero pero al menos con la nacionalidad arreglada puedo ir a la universidad, aunque sea al community college y sacar un título y tener otras oportunidades. Y eso me lo debo a mí mismo, no a ti.

DANIEL: Podías haber pedido permiso.

RAMÓN: ¿Para qué, si no me lo ibas a dar?

DANIEL: Si esa es tu actitud, ¿para qué hablar, entonces? No tenemos nada de qué hablar. Tomaste tus decisiones, vendiste de mala manera tu nacionalidad. Ya te van a dar otra, ya vas a estar contento.

RAMÓN: Es eso, ¿no?

DANIEL: Eso ¿qué?

RAMÓN: Según tú, yo he traicionado a mi país.

DANIEL: ¿Y no lo has hecho?

RAMÓN: Este es mi país.

DANIEL: No, tu país es el mío, donde naciste. Eso no se debe perder nunca.

RAMÓN: No se pierde por tener otra nacionalidad. Yo no vivo allá, vivo acá.

DANIEL: Son tus raíces.

RAMÓN: Mis raíces están donde estén mis pies.

DANIEL: Muy bien, pues igual uno de estos días vuelven a llamar a tus pies para que invadan mi país. ¿Lo harías?

RAMÓN: Papá, eso nunca va a ocurrir.

DANIEL: No lo sabes.

RAMÓN: No tiene sentido.

DANIEL: Nada de esto tiene sentido: que te hayas ido sin despedirte, que hayas estado preso, que hayas arriesgado tu vida por nada en una guerra que no es tuya, que tengamos esta conversación. (*Saca otro cigarrillo y lo enciende*). Mejor es que vuelvas a tu fiesta.

RAMÓN: Bajé a platicar contigo, a verte, a ver si podían ser las cosas como antes.

DANIEL: Nunca volverán a ser como antes porque así lo has querido tú. Todo cambió porque tú quisiste. Por eso te digo, asume las consecuencias de tus actos. Ya eres un héroe de la guerra, ya te van a dar tu medalla y tu nacionalidad. Felicidades. Ojalá hagas algo de provecho con todo eso.

RAMÓN: Eres muy injusto.

DANIEL: Muy bien, soy injusto. Yo no voy a cambiar y tú menos. Regresa a tu fiesta, tus invitados deben estar esperándote.

Guardan silencio. Ramón da un trago largo a su bebida, mira una vez más a su padre y da media vuelta para subir las escaleras de regreso a la fiesta. Daniel fuma su cigarrillo en silencio, siguiendo a su hijo con la mirada. Cuando éste ha salido de la escena, apaga el cigarrillo en la lata de cerveza y regresa a su trabajo.

EL ESCENARIO SE APAGA PROGRESIVAMENTE.

Escena 3

Comedor en la casa de los padres de Ramón. Es el día siguiente a la fiesta de bienvenida a Ramón. Mesa con cuatro sillas y mantel tradicional mexicano. Cuadros de volcanes y paisajes de México en las paredes. A la derecha se oyen ruidos de cocina. Ramón, vistiendo camiseta y jeans está sentado a la cabecera de la mesa desayunando. Tiene frente a sí un plato con comida, una cesta con pan, un vaso de jugo de naranja a medio tomar y una taza de café humeante.

EUGENIA (*desde la cocina*): ¡Mijo! ¿Quieres más huevitos?

RAMÓN (*con la boca llena*): ¡No, gracias!

Entra Eugenia llevando en una mano una taza de café humeante y en la otra un plato con comida. Se sienta al otro extremo de la mesa.

EUGENIA: ¿No tienes hambre?

RAMÓN: No es eso, mamá, gracias. Es que ya estoy lleno.

EUGENIA: Estoy siempre pensando qué darte de comer. ¡Regresas tan flaco de la guerra!

RAMÓN: No tienes de qué preocuparte, estoy bien.

EUGENIA: ¿En serio, hijo? Anoche te oí gritando en tu sueño. ¿Tienes pesadillas?

RAMÓN (*bajando la vista*): De verdad, no te preocupes. A veces tengo pesadillas, pero no es nada, despierto, abro los ojos y ya se han ido.

EUGENIA (*haciendo a un lado la comida*): Hijo, de verdad, si algo te pasa, me lo puedes decir con confianza. Yo sé que muchos soldados regresan con problemas, con pesadillas, luego la cosa se complica más. ¿Te acuerdas que te conté lo de los hijos de Doña Simona...?

RAMÓN (*mirando a su madre con intensidad*): De verdad, mamá. ¡Basta! No pasa nada, te lo aseguro.

Comen en silencio por unos segundos. Se siente un silencio incómodo. No se miran.

EUGENIA: ¿Hablaste con tu padre anoche?

RAMÓN: Lo intenté.

EUGENIA: Nada me haría más feliz que ustedes dos volvieran a hablarse de nuevo.

RAMÓN: Bueno, hablar, sí hablamos. Lo que pasa es que no nos entendemos, y yo creo que no nos vamos a entender.

EUGENIA: Los dos deberían hacer un esfuerzo por entenderse. No sé por qué tienen que estar tan aferrados a sus ideas.

RAMÓN: No creo que ninguno de los dos vaya a cambiar. Mamá... (*Titubea*).

EUGENIA: Dime.

RAMÓN: Mamá, yo creo que lo mejor es que me vaya. Que me busque un departamentito por ahí, aunque tenga que compartir con alguien. Mañana me voy a poner a buscar trabajo, pero creo que no debo quedarme aquí.

EUGENIA: ¡Pero hijo! Si acabas apenas de volver...

RAMÓN: No tiene caso, mamá. Aquí no voy a poder estar, si mi papá no quiere ni cruzarse en mi camino. Yo tampoco en el suyo. ¿Qué caso tiene?

EUGENIA: ¡Hijo, no, por favor!

Eugenia oculta el rostro entre sus manos. Ramón no dice nada. El silencio se rompe al oírse golpes en la puerta.

EUGENIA (*mirando hacia la izquierda del escenario, alarmada*): ¿Quién podrá ser, a estas horas de la mañana?

RAMÓN: (*Se incorpora*).

EUGENIA: No. Yo voy a ver.

Eugenia hace mutis por la izquierda. Ramón permanece de pie. Camina hacia la izquierda pero se detiene. Da media vuelta y se dirige hacia la cocina pero vuelve a detenerse, demostrando ansiedad. Se oyen voces de hombre y la voz de Eugenia desde fuera del escenario. Eugenia vuelve, seguida por tres hombres vestidos de militares. Uno de ellos viste uniforme

de oficial. Los otros dos, que le siguen, visten uniformes de soldados con cascos blancos que llevan la insignia MP.

EUGENIA: Hijo, estos caballeros te buscan...

Ramón los mira fijamente y se cuadra ante el oficial haciendo saludo militar. El oficial se lo devuelve.

GONZÁLEZ: Descanse, cabo García.

RAMÓN: Teniente Coronel, ¡qué sorpresa! Mamá, el teniente coronel González era el jefe de mi unidad en Irak.

EUGENIA: Señor, es un gusto. ¿Le ofrezco un café? *(Dirigiéndose a los dos soldados).* ¿A ustedes, muchachos? *(Los soldados, mirando fijamente hacia adelante, la ignoran).* Siéntense, por favor, están en su casa.

GONZÁLEZ: Gracias, señora. *(Se sienta en la misma silla donde Eugenia estuvo sentada antes. Los otros dos soldados permanecen de pie, sin moverse).* Ramón, siéntate. *(Ramón obedece la orden en silencio. González voltea a ver a la mujer).* Señora, no se preocupe por nosotros. De hecho, le agradecería, si no le importa. Quisiera hablar a solas con su hijo. Es un asunto importante.

EUGENIA: Ah, okey. Bueno, sí. *(Titubea pero finalmente se dirige hacia la cocina y hace mutis, murmurando "con permiso". A lo largo del siguiente diálogo se verá su cabeza asomándose discretamente tras la cortina o puerta que separa la cocina del comedor y, a veces, se verá también la cabeza de Daniel).*

GONZÁLEZ (*dirigiéndose a los soldados*): Esperen por favor en la sala. Necesito hablar primero con el cabo García. Yo les llamaré cuando estemos listos.

Los dos soldados se cuadrán, saludan, dan media vuelta y abandonan el escenario por la izquierda. González y Ramón quedan solos.

RAMÓN: No me diga que viene por mí para llevarme otra vez a Irak.

GONZÁLEZ: ¡No! Claro que no. No eres elegible para otro desplazamiento. No es eso.

RAMÓN: ¿Viene a darme mi Corazón Púrpura? Me dijeron que por las heridas sostenidas durante mi aprisionamiento me correspondía la medalla.

GONZÁLEZ: Tampoco. No me mandaron a eso.

RAMÓN: Y entonces, ¿a qué lo mandaron?

GONZÁLEZ: Ramón, no me mandaron a mí. Mandaron a los dos soldados de Policía Militar que están esperando en la sala. Yo impuse rango y le dije al sargento que los acompañaba, que vendría con ellos. El sargento está esperando afuera, en un transporte. Sentí la necesidad de hablar primero contigo.

RAMÓN: ¿Hablar de qué?

GONZÁLEZ: Ramón, no sé si eres consciente de tu situación.

RAMÓN: ¿Cuál situación?

GONZÁLEZ: Se te interrogó ampliamente poco después de haber sido liberado.

RAMÓN: Sí. Varios interrogatorios. ¿Qué tiene que ver eso?

GONZÁLEZ: Entonces, ¿nadie te ha dicho nada?

RAMÓN: No sé de qué habla.

GONZÁLEZ: Veo que tuve razón en venir. Tenía un presentimiento. Pensé que sabías, o sospecharías.

RAMÓN: Ni idea.

GONZÁLEZ: Ramón, poco después de que te capturaron, y eso lo sabes, el resto de tu unidad fue emboscada y eliminada. Murieron todos los de tu pelotón: O'Halloran, Murray, Urban, Moltke, Johnson..., todos.

RAMÓN: Lo sé. ¿Sabe qué quisiera?

GONZÁLEZ: ¿Qué?

RAMÓN: Quisiera poder tener los datos de todos, ir a sus casas, conocer a sus padres, a sus novias. ¿Usted no me puede ayudar?

GONZÁLEZ: Me temo que eso no va a ser posible.

RAMÓN: ¿Por qué?

GONZÁLEZ: Como sabes, tu pelotón era una unidad de avanzada.

Su posición y movimientos eran clasificados. Los rebeldes no podían saberlo sin tener acceso a información confidencial. O si alguien se los dijo.

RAMÓN: ¿Qué quiere decir?

GONZÁLEZ: Alguien que pudo quebrarse bajo tortura.

RAMÓN: ¿Qué está insinuando?

GONZÁLEZ: Nada. No insinúo nada. Pero primero fue un rumor, y ahora hay un cargo, una acusación. Una acusación de traición.

RAMÓN: Pero ¿cómo puede ser? Si eran mis amigos, mis hermanos, si yo hubiera dado la vida por ellos. *(Se levanta de la silla, furioso)*. ¿Usted tiene idea de cuántas veces en esa celda negra en que me tenían metido, golpeado, muerto de hambre y de sed, aterrado por esa oscuridad, por las voces sin cuerpo que me hablaban todo el tiempo, usted sabe cuántas veces hubiese querido estar muerto? Y cuando supe que ellos habían muerto, ¿usted sabe cuántas veces desde entonces, y hasta hoy mismo, hubiese preferido haber estado con ellos y haber muerto en combate en vez de estar soportando esta culpa que me está volviendo loco?

GONZÁLEZ *(alarmado)*: ¿Culpa de qué? ¡Cuidado con lo que dices!

RAMÓN: Culpa de vivir, culpa de ser el único superviviente.

GONZÁLEZ: No sigas. Mi deber es recomendarte que guardes silencio. La cosa es esta: hay una acusación en tu contra de alta traición y va a haber una Corte Marcial. De ser hallado culpable,

puedes ser condenado a muerte o a una larga condena, tal vez prisión de por vida.

RAMÓN: No puede ser. Yo lo di todo por mi país.

GONZÁLEZ: Además de ser teniente coronel, soy abogado militar, y he pedido voluntariamente ejercer tu defensa. Y como tu abogado te lo digo: tienes muchas cosas en tu contra.

RAMÓN: ¿Cómo pueden dudar de mí?

GONZÁLEZ: De momento no digas más. Ahora nos iremos, te encerrarán. Yo me haré cargo de lo demás. Despídete de tus padres, no podrás llevarte nada.

RAMÓN (*a gritos*): ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¿Cómo pueden pensar esto de mí?

GONZÁLEZ: Cálmate, en todo esto debes estar calmado. Cualquier emoción, cualquier reacción exagerada, juega en tu contra.

RAMÓN: No hay nada más allá de esta oscuridad.

GONZÁLEZ: ¿De qué hablas?

RAMÓN: Cuando estuve preso, todo era oscuridad y todo el tiempo soñaba con ver la luz del día. Y cuando me liberaron pensé que se había acabado todo. Pero no se ha acabado nada, la oscuridad nunca se ha ido, nunca me abandonó, no me suelta. Y no hay luz porque no hay final de la noche.

GONZÁLEZ: Vamos a salir de esta. Es una falsa acusación y mi misión es probarla, probar tu inocencia. Es un punto ciego, como el punto ciego del espejo retrovisor de un carro. No ves el otro carro y te golpea. Pero es sólo eso. Probaré tu inocencia.

RAMÓN: Es inútil. Estoy jodido. No es un punto ciego, es la oscuridad total y no se ha ido, y no se irá. *(Se desploma sobre la silla).*

Guardan silencio por un par de segundos. González se incorpora. Avanza hacia Ramón pero se detiene al ver que está llorando. Da media vuelta y se dirige hacia la izquierda. Mientras lo hace, se abre la puerta de la cocina y entra Eugenia, también llorando, seguida de Daniel, que arrastra los pies. Los dos miran fijamente a Ramón. Eugenia corre a abrazarlo mientras Daniel se queda parado, a unos pasos de la mesa.

GONZÁLEZ: ¡Soldados, entren! *(Los dos soldados entran a escena, marchando. Hacen alto frente a González a la espera de órdenes).*

GONZÁLEZ: Soldados, aguarden. Ramón, es hora.

Ramón se incorpora lentamente abrazado a su madre. Rompe el abrazo. Mira a su padre. Da un paso hacia él. Daniel da media vuelta y abandona precipitadamente el escenario, rumbo a la cocina. Eugenia se queda llorando de pie. Los soldados avanzan hacia Ramón, lo esposan. Los dos soldados y Ramón hacen mutis por la izquierda, seguidos de González, quien titubea un momento, mirando a Eugenia, pero finalmente sigue al detenido y sus captores. Eugenia cae de rodillas llorando amargamente, a gritos. El escenario se oscurece paulatinamente.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO 2

Escena 1

Irak.

En escena, Ramón y el soldado Urban. El escenario representa las ruinas de una casa en un punto indeterminado del frente de combate iraquí. Ramón y Urban, parapetados, empuñan sus rifles. Visten uniforme de combate camuflado, con cascos, carrilleras con peines de rifle de asalto. Es de noche. Urban opera o trata de operar un aparato de radio.

RAMÓN: ¡Maldita noche iraquí! No hay ni una maldita luz en todo este pueblo.

URBAN: No puedo creer que aquí vivía gente.

RAMÓN: ¿Alguna respuesta?

URBAN: Nada. Esta radio está jodida. Estamos incomunicados, cabo.

RAMÓN: Vamos a tener que salir. Esperar a la madrugada y salir.

URBAN: No, es muy peligroso. No sabemos dónde están los francotiradores, no sabemos si tienen unidades enteras acechando este caserío. Los otros saben más o menos en qué dirección salimos a explorar, prefiero que el pelotón venga y nos rescate.

RAMÓN: ¿Y si no vienen? Tampoco nos vamos a quedar aquí, como ratas, esperando que nos maten a tiros o que incendien esta mierda de casa en ruinas.

URBAN: Cualquier opción es peligrosa, cabo. Pero es más peligroso salir así nada más, a ciegas.

RAMÓN: No sé si podemos aguantar hasta que amanezca.

URBAN: Cuestión de no moverse mucho, no hacer mucho ruido.

RAMÓN: ¿Cómo estamos de parque?

URBAN: De momento bien, a menos que nos ataquen por varios frentes; entonces sí se nos va a complicar la cosa, y rápido.

RAMÓN: Y sin poder fumar ni un jodido cigarro.

URBAN: ¿Quiere un chocolate, cabo?

RAMÓN: No es hambre.

URBAN: Si quiere duerma un rato, yo vigilo. Y luego usted me releva.

RAMÓN: Tampoco tengo sueño.

Cada uno se reacomoda en su posición y otea el exterior por alguna abertura del muro. Urban saca una barra de chocolate, muerde un pedazo y guarda el resto.

RAMÓN: Urban, ¿tú naciste en Polonia?

URBAN: ¡No, qué va! Nací en Milwaukee. Mi padre nació en Polonia.

RAMÓN: Entonces, ¿tú no te metiste en esto por lo de la nacionalidad?

URBAN: No, nada de eso. Mi padre sí. Mi padre peleó en la primera guerra del Golfo. Pero lo hizo por él, por mi madre y por mis hermanos, porque yo ya tenía la nacionalidad. ¡Qué cosa, no, yo era el único americano en la familia porque mis dos hermanos nacieron en Cracovia! (*Ríe por lo bajo*).

RAMÓN: Ojalá mi padre hubiera hecho eso, no estaríamos en estas.

URBAN: ¿Por qué no quiso su padre nacionalizarse? ¿No lleva ya muchos años en Estados Unidos?

RAMÓN: Él siempre dijo que nos vinimos a Estados Unidos a trabajar, no a cambiar de nacionalidad. Siempre quiere volver a México pero yo sé que nunca va a volver porque, sea como sea, la cosa está mejor en Chicago que en su pueblo. ¿Qué va a hacer allá? En su pueblo no quedan sino narcos. Los hombres que podían trabajar honestamente migraron a Estados Unidos, y los que no, se quedaron allá y o se metieron al cartel, o los mataron.

URBAN: Y usted llegó de niño.

RAMÓN: Yo ni sabía que era ilegal, ¿sabes? Y cuando lo supe fue que decidí meterme a los Marines. Cada vez está más difícil la cosa con los papeles y de lo que mi papá no se entera, porque no quiere entender, es que el día menos pensado vienen por él y por mi mamá y los deportan. Pero es muy necio, muy orgulloso.

URBAN: Y su mamá, ¿qué dice?

RAMÓN: Mi mamá, por ella, feliz de hacerse americana pero no mueve un dedo si mi papá no está de acuerdo. No ha podido convencerlo, y no va a convencerlo.

URBAN: Pero entonces, cuando usted obtenga la nacionalidad, puede reclamarlos a ambos.

RAMÓN: Voy a arreglarle los papeles a mi mamá. El viejo que se joda, por necio.

URBAN: ¿De verdad?

RAMÓN: De verdad...

Se escucha un ruido en la distancia. Urban y Ramón se ponen en posición de combate, apuntando con sus rifles a puntos invisibles a la derecha del escenario. Después de unos segundos cambian de posición, moviéndose lenta pero determinadamente a lo largo del espacio, hasta que vuelven a sentarse.

RAMÓN: Será un maldito gato. Yo que sé. Aquí las sombras son enemigas, se materializan y te atacan.

URBAN: ¿Cómo?

RAMÓN: No me hagas caso.

URBAN: Insisto, cabo, descanse. Duerma. Yo vigilo.

RAMÓN: Ojalá pudiera. Desde que llegué a Irak sólo sueño el mismo sueño todas las noches.

URBAN: ¡Ah! ¿Sí? ¿Qué sueña?

RAMÓN: Nada: una oscuridad inmensa, interminable, que se va tragando todo. Y yo no estoy en ninguna parte pero sólo veo esa tiniebla. Y sé que me va a tragar. (*Silencio incómodo de Urban, que al fin rompe*).

URBAN: Yo sueño con las tetas de Marina.

RAMÓN: ¿Cómo?

URBAN: Marina, mi novia que me está esperando en Milwaukee.

RAMÓN: ¿Polaca, también?

URBAN: No, rumana. Mis padres no la quieren. Mis padres esperan que me case con una buena muchacha católica de Cracovia y tenga diez hijos. Pero a mí me gusta Marina. Nació en Milwaukee aunque sus padres son de Timisoara.

RAMÓN: Y sólo por eso ¿no la quieren tus padres?

URBAN: Sí, no sabe qué difícil fue empezar a salir con ella. “No salgas con esa sucia gitana”, me decían. “Las gitanas son todas brujas, ladronas y putas”, me decía mi padre. Pero él nunca conoció ninguna mujer que no fuese polaca, así que no sé de dónde saca eso.

RAMÓN: Los padres siempre quieren que uno se case con gente que se parece a ellos.

URBAN: ¿Con quién quieren sus padres que se case usted? ¿Con una buena chica mexicana, hacendosa, que le haga sus tacos?

RAMÓN: Eso dice mi madre. Mi padre no dice nada. Yo tuve una novia mexicana, del barrio. Nunca llegamos a nada. Luego tuve una novia gringa, Elizabeth, de otro barrio. Me quedaba lejos pero me gustaba. Pero entonces me vine para acá.

URBAN: ¿Y ella?

RAMÓN: No sé, ni idea. No era cosa seria. Perdimos el contacto.

URBAN: En este puto país ni las mujeres se antojan. ¿Por qué estamos aquí?

RAMÓN: ¿A qué se dedica tu padre?

URBAN: Mi padre ha hecho de todo. Ahora es contratista. Tiene una cuadrilla de muchachos, todos polacos, y van a casas, a edificios, lo que haga falta, y hacen todo tipo de trabajos. Electricidad, plomería, carpintería...

RAMÓN: Mi padre es carpintero.

URBAN: ¡Ah! ¿También tiene una cuadrilla?

RAMÓN: No, mi padre lo hace todo solo. Solo. Creo que no le gusta la gente.

URBAN: Mi padre se levanta a las cinco de la mañana y no para en todo el día.

RAMÓN: El sueño americano, ¿no? Por eso estamos aquí.

URBAN: ¿Sí? ¿Soñaron con trabajar tanto, su padre y el mío, y no parar nunca, y morir con la espalda rota, sólo por unos papeles?

RAMÓN: No me vas a salir con que eres comunista. ¿No es del comunismo que huyó tu padre?

URBAN: El suyo huyó de la pobreza. Pero no es rico, y mi padre es libre pero tampoco es rico y un día se va a morir con la espalda rota y sin haber logrado lo que soñaba, pero tampoco sé si eso era lo que soñaba. De pronto sueña como usted, todo negro.

RAMÓN: ¿Y tú por qué te metiste a los Marines? Tú no necesitas los papeles.

URBAN: No. No los necesito. Pero era un desastre en la escuela. Jamás iré a la universidad, pero si quiero conseguir un trabajo mejor que lo que tiene mi padre, esto es lo que tengo que hacer.

RAMÓN: No eres oficial, no creas que hay muchos trabajos para los soldados como nosotros.

URBAN: Claro que sí, con las compañías de seguridad que están aquí y en Afganistán. Triple de sueldo, plan de retiro.

De nuevo hacen silencio total cuando se escuchan más ruidos. En esta ocasión, más cercanos. Después de unos segundos, no se oye nada más.

RAMÓN (*consulta su reloj*): Son casi tres y media. En menos de una hora comenzará a amanecer. Escucha Urban, voy a salir. Dame la radio. Voy a buscar un punto más elevado, hay un promontorio a menos de un kilómetro. Cúbreme. Volveré con refuerzos.

URBAN: De verdad, cabo, no salga.

RAMÓN: Es una orden, Urban. Si en una hora no regreso con noticias, entonces toma tus propias decisiones. No tardo, volveré.

Ramón sale por la izquierda del escenario, avanzando casi en cuclillas. Urban coloca el cañón de su rifle sobre una abertura en la pared y aguarda ansiosamente.

EL ESCENARIO SE OSCURECE PAULATINAMENTE.

Escena 2

Oscuridad absoluta en el escenario, salvo por un reflector mortecino que ilumina a Ramón. Éste aparece tumbado sobre el suelo, cubierto en sangre, desnudo, con los ojos vendados y atado de manos. Dos voces, posteriormente una tercera, irán dirigiéndose a él. Sus movimientos estarán seriamente limitados por sus ataduras, pero intentará moverse. Cuando reciba un golpe, la luz temblará, como si se tratase de un relámpago, cambiando en intensidad pero regresando siempre a un tono mortecino y brumoso.

Voz 1: ¡Perro! ¡Perro de mierda!

Voz 2: ¡Peor que un perro! ¡Una rata, una cucaracha, nada, un montón de mierda, una basura!

(Golpes repetidos. Ramón grita de dolor).

Voz 1: ¡Podemos estar aquí toda la noche, perro! ¡Confiesa, y te dejaremos en paz, te dejaremos vivir! ¿Dónde está tu unidad? ¿Cuántos son, qué armamento tienen? ¡Habla de una maldita vez!

(Esperan un momento pero Ramón guarda silencio. Se repiten los golpes y los alaridos).

Voz 2: ¡Ay, ya vemos! ¡El perro quiere ser un héroe, el perro quiere

ser fuerte y no se da cuenta que no es nada, que sólo es un perro! ¿No te das cuenta que los tuyos ya te dan por muerto, que nadie vendrá por ti, que no importas? ¿Tú crees que ellos darán su vida por ti, que intentarán rescatarte? Nadie vendrá por ti, a nadie le importas.

Voz 1: Esta es tu recompensa por servir en el ejército y venir a invadir esta tierra que no es tuya. Ahora sólo eres un montón de sangre, una carne de cerdo, podrida y olvidada. Pronto serás carroña. ¿Sabes qué vamos a hacer contigo, montón de mierda? Vamos a tirarte a los buitres en medio del desierto. Pero te vamos a mantener vivo lo suficiente para que sientas cómo los buitres te van comiendo, cómo te van arrancando el hígado con sus picos y sus garras, ¡cómo te sacan los ojos!

Voz 2: Sólo el tiempo suficiente para que los buitres se diviertan...

(Se ríen).

Voz 1: Claro, todo cambiará si hablas, si nos dices lo que queremos saber... *(Silencio. Las voces gruñen enfurecidas y se viene una serie de golpes hasta que Ramón deja de gritar).*

Voz 2: ¿Está muerto?

Voz 1: No lo sé.

Voz 2: Idiota. Contigo siempre es lo mismo. Hace dos semanas, igual, lo mataste a golpes.

Voz 1: Tú también golpeabas.

Voz 2: Es que no tienes control sobre ti mismo.

Voz 1: ¿Qué hacemos?

Voz 2: ¿Qué hacemos? ¿Qué harás tú? Yo reportaré esto al jefe y tú vas a tener que explicar.

Voz 1: Espera...

(Ramón emite un débil quejido).

Voz 2: Tírale agua a este perro.

De un punto en la zona oscura del escenario se arroja un cubetazo de agua sobre Ramón. El agua golpea sobre todo la cabeza de Ramón que traga agua y tose violentamente, acrecentando su dolor.

Voz 1: ¿Te hacías el muerto, perro? Tal vez quieras morir mil muertes, cada una más dolorosa que la anterior. Nosotros te podemos ayudar.

Voz 2: O nos puedes decir lo que queremos saber. Poner fin a tu sufrimiento está en tus manos. Llegaste aquí como perro pero puedes irte como un hombre, con la frente en alto. Nadie sabrá, nadie te acusará. Sólo dinos lo que queremos saber, es muy fácil.

Voz 1: Es inútil, este no entiende más que a golpes.

(Sigue una nueva ronda de golpes y luego otra cubetada de agua. Ramón se sacude violentamente, entre el escalofrío y el dolor, pero sigue sin decir nada).

Voz 2: ¿De verdad quieres morir así, perro americano? ¿Crees que te van a dar una medalla? ¿Crees que van a poner tu foto en las cajas de cereal? ¿Qué rendirán honores a tu ataúd, con la bandera americana encima? ¿Qué pondrán tu nombre, inscrito en la piedra de algún horrible monumento? No sabes nada, no entiendes nada, no eres nada. Ya te han olvidado, eres una baja más en esta guerra que nadie quiso.

Voz 1: Deja de hablar. Vamos a tirar este montón de basura al desierto, darle de comer algo a los buitres.

Voz 2: Son iguales todos estos. El ejército más poderoso del mundo. Son una basura. Y pronto los echaremos a todos.

(Golpean a Ramón).

Voz 1: ¿Y si la traemos?

Voz 2: ¿De verdad? El jefe dijo que no abusáramos de ella.

Voz 1: Ella los hace hablar.

Voz 2: ¿De verdad es tan importante este perro?

Voz 1: Es una unidad de avanzada. Nunca se habían metido tan profundamente en la zona. Necesitamos saber cuántas unidades han conseguido penetrar.

Voz 2: Tenemos que pedir permiso.

Voz 1: Si no lo hacemos, si no conseguimos la información, corremos todos peligro.

Voz 2: Tal vez tengas razón. Tal vez sólo ella pueda hacerlo hablar. De todas maneras, ¿cuánto más podemos pegarle? Ya intentamos todo.

Voz 1 y Voz 2 abandonan el escenario. Silencio total. Ramón se queja con lamentos apenas audibles, después comienza a llorar. Intenta incorporarse pero el dolor y las heridas se lo impiden. Vuelve a caer de bruces sobre el escenario. Sigue llorando. De pronto, la luz que lo ilumina aumenta en intensidad hasta volverse casi cegadora. Se oyen pasos. Ramón levanta la cabeza intentando seguir la dirección de esos pasos pese a tener los ojos vendados.

Voz 3: ¿Te han golpeado mucho?

RAMÓN: ¿Quién es usted?

VOZ 3: No te voy a golpear. Tranquilízate.

Ramón se da cuenta de que está desnudo e intenta cubrir sus genitales con su cuerpo. Voz 3 le habla con cariño.

VOZ 3: No tengas miedo ni pena, no te voy a hacer nada.

RAMÓN: Por favor, ayúdeme.

VOZ 3: Está en tus manos.

RAMÓN: ¿Cómo dice?

VOZ 3: Está en tus manos que yo te pueda ayudar. Yo puedo hacer que ya no te torturen, que ya no te maltraten. Yo puedo ayudar a que te liberen, que te regresen con tu gente, que puedas volver a tu casa, con tu familia. ¿Tienes esposa, hijos?

RAMÓN: No.

VOZ 3: Tendrás padre y madre...

RAMÓN: Por favor, ya no más.

VOZ 3: No tengas miedo.

RAMÓN: Es una trampa, usted es parte de lo mismo. No les di lo que querían golpeándome, ahora me mandan a usted. Pero quiere lo mismo que los otros, quiere información.

VOZ 3: Y ¿por qué no habrías de dárnosla? ¿Qué no ves que a ellos lo que les gusta es pegar? Mientras más te niegues, más placer les das. Están enfermos, viven de causar dolor. Yo no. Yo no quiero que sufras. Pero sólo tú puedes detener este sufrimiento, yo no puedo hacerlo sola. Pero puedo ayudarte.

RAMÓN: No voy a decir nada. Mejor mátenme.

VOZ 3: Yo no quiero matarte.

RAMÓN: Déjeme.

VOZ 3: García. Te apellidas García, ¿verdad? No es un apellido muy americano. ¿De dónde eres?

RAMÓN: No voy a hablar.

VOZ 3: No importa. No es un apellido americano, es todo lo que necesito saber. El otro día tuvimos aquí a uno que tenía un apellido árabe. Increíble que estuviera combatiendo contra Irak. Sus abuelos eran libaneses. ¿Por qué estás metido en una guerra que no es la tuya?

RAMÓN: Es mi guerra también.

VOZ 3: No, es lo que te han hecho creer. ¿De dónde son los García? ¿Españoles? ¿Mexicanos? Seguro que mexicanos, hay tantos mexicanos. ¿Sabes que yo estudié en tu país? Sí, en California. Había muchísimos mexicanos. ¿Sabes cómo los trataban? ¿Así te trataban a ti, o a tu familia?

RAMÓN: Soy un Marine, soy un miembro de las fuerzas armadas...

VOZ 3: ¿Y dónde están? ¿Por qué no te buscan? ¿Qué harías si Estados Unidos invade a tu país? ¿No lo han hecho ya? ¿Seguirías siendo tan leal?

RAMÓN: Estados Unidos es mi país.

VOZ 3: Uno es de donde nace. Esa es tu tierra. No es tu guerra, García. Te han engañado. Escucha: los otros regresarán pronto, y van a regresar a pegarte más, y más, y más, hasta que no te quede un solo hueso sano en todo el cuerpo. ¿Y para qué? Pero si les das lo que quieren, o si me lo dices a mí, yo puedo hablar con ellos y con sus superiores y poner inmediatamente alto a este... a este abuso. Está en ti.

Ramón solloza. La luz ahora da vueltas en torno a su cuerpo. Se escuchan los pasos de Voz 3 alrededor del cuerpo de Ramón.

VOZ 3: Se agota el tiempo, soldado. Llegará el momento en que no pueda hacer nada por ti. Basta una palabra, una sola palabra y todo esto terminará.

RAMÓN: Prefiero que me maten.

VOZ 3: Te matarán si no hablas, pero será mucho más doloroso porque se asegurarán de mantenerte vivo hasta el último segundo, y cada vez que sientas que el alma se escapa de tu cuerpo te revivirán, hasta acabar con tu vida pedazo a pedazo. Y todo por nada. ¿Vale la pena? (*Se hace oscuridad total en el escenario. Sólo se escuchan los pasos de Voz 3*). ¿Vale la pena, entregarlo todo por quien ni siquiera te está buscando, por quien te ha abandonado? ¿A cambio de qué este heroísmo? ¿Es esto lo que querías cuando te pusiste ese uniforme por primera vez? ¿Era este el sueño? Seguirás en tinieblas hasta que entiendas que sólo tú puedes llevarte a ti mismo hacia la luz.

Silencio y oscuridad. Los pasos de Voz 1 y Voz 2 se aproximan desde la distancia. Se escuchan los murmullos de Voz 1, Voz 2 y Voz 3 pero no se distinguen las palabras. Voz 3 se aleja del escenario, se escuchan sus pasos haciéndose cada vez más lejanos. El reflector se enciende de nuevo sobre el cuerpo maltrecho de Ramón. Vuelven los golpes y los gritos.

SE EXTINGUEN LAS LUCES PAULATINAMENTE. FIN DE LA ESCENA.

Escena 3

Diferente locación en Irak. Ruinas de otra casa abandonada. La iluminación es como la de un amanecer, con una luz que poco a poco se va adueñando de la escena. En un rincón del escenario está Ramón, desnudo, herido, pero vivo. Por el lado izquierdo del escenario entran tres Marines camuflados, con lámparas en sus cascos, apuntando con sus rifles por todas partes mientras exploran el lugar. Se oyen voces que salen de las radios portátiles que llevan sobre sus uniformes.

GRUBER: ¡Despejado! Confirmen.

VAN DE KORPUT: 10-4, despejado.

NIELSEN: Despejado.

GRUBER: Esto está mal. Este no puede ser el lugar. Aquí no hay nadie. No vaya a ser una trampa. Van de Korput, confirma distancia de la Compañía C.

VAN DE KORPUT: Enterado, 10-4. El 20 de la Compañía es 700 metros nor-noroeste.

NIELSEN: Hay que conservar la posición hasta que nos alcancen.

GRUBER: Enterado. Conserve y mantengan posición.

Los soldados bajan sus armas y Van de Korput hace guardia a la entrada izquierda del escenario, oteando el horizonte. Se escucha un gemido de dolor y los tres soldados empuñan rápidamente sus rifles.

NIELSEN: ¡Mierda! ¿Qué fue eso?

GRUBER: ¡Me cago en todo! ¡Aquí hay algo!

VAN DE KORPUT: Atrás, voy a explorar.

Van de Korput se mueve rápidamente y encuentra de inmediato el cuerpo de Ramón. Se arrodilla haciendo señas frenéticamente a los otros.

VAN DE KORPUT: ¡Aquí, aquí! ¡Hay uno vivo!

GRUBER: ¿Amigo o enemigo?

VAN DE KORPUT: ¡Mierda! Creo que es García...

GRUBER: Confirmado, es García. Está vivo, pero en mal estado.

NIELSEN: Gruber, envía posición, notifica al teniente coronel y pide un médico.

GRUBER (*por el radio*): Médico urgente, posición de avanzada Charly Tango Delta dos-siete-dos, repito Charly Tango Delta dos-siete-dos, urge comunicación con teniente coronel González. (*Atiende instrucciones indescifrables*). Enterado, 10-4, aguardo. Urge médico, repito, urge médico.

VAN DE KORPUT (*sacando una botella de agua de su mochila*): ¡Hey, García, toma un poco! *Destapa la botella de agua y levanta con cuidado la cabeza de García que toma un par de sorbos de la botella. Algo de agua se escapa por la comisura de los labios. Nielsen saca una frazada de su mochila y la tiende sobre el cuerpo desnudo de García.*

NIELSEN: ¿Qué te hicieron, García? ¡Dios mío, qué paliza!

VAN DE KORPUT: ¿Puedes hablar?

García habla al oído de Van de Korput, pero su voz es muy débil. El diálogo es imperceptible.

GRUBER: ¿Qué dijo?

VAN DE KORPUT: No sé. Está delirando. Dice que las sombras están por todas partes.

NIELSEN: ¿Lo habrán dejado ciego? Tal vez lo tuvieron encerrado en un calabozo, sin luz. Estos hijos de puta son capaces de eso y más.

VAN DE KORPUT: ¿Dónde está ese médico?

GRUBER (*asomándose al exterior. Se escucha el motor de un vehículo que se acerca rápidamente*): ¡Ya están llegando!

Entra Rogers, médico del cuerpo de Marines. Se dirige inmediatamente hacia el cuerpo de García.

ROGERS: ¡Dios! ¡Este muchacho está hecho mierda! ¡Qué brutos! ¿Han movido el cuerpo?

VAN DE KORPUT: No. Está tal y como lo encontramos. Yo le di un poco de agua y Nielsen le echó una frazada encima.

ROGERS: Bien. Está muy débil. Deshidratado. Es posible que tenga varias fracturas aunque no lo sabremos hasta que no lo examine a fondo. No está en peligro inmediato de muerte gracias a que lo encontraron, pero dudo que hubiera podido durar más de dos días así. No hubiera podido defenderse ni de un animal y esta zona está infestada de perros salvajes. Tiene suerte.

NIELSEN: ¿Y ahora?

ROGERS: Ahora voy por mis asistentes y una camilla. Tenemos que evacuar inmediatamente a este muchacho y llevarlo a Bagdad. ¿Dónde está González?

GRUBER: En camino.

ROGERS: Bien. Ya vuelvo. No lo toquen.

Rogers sale por donde entró. Los otros se miran entre sí y se aproximan a García, aunque sin tocarlo.

NIELSEN: ¿Se acuerdan de aquella película, *Salvando al soldado Ryan*?

VAN DE KORPUT: ¡Qué tontería, Nielsen! Era otra guerra...

NIELSEN: No, es lo mismo. Todo un batallón buscando a un hombre, corriendo peligro para rescatarlo. Ayer nos rociaron de balazos tan pronto salimos de ese poblacho.

GRUBER: No seas tonto. Ryan no estaba herido. Y al final es el único que queda. Este tipo está hecho una piltrafa. Si no lo encontramos, se muere.

NIELSEN: Ya, puede que sí. ¿Lo sabrá?

VAN DE KORPUT: ¿Sabrá qué?

NIELSEN: Lo de su unidad.

VAN DE KORPUT: Lo dudo. Se ve que lo han tenido encerrado por días, torturándolo.

GRUBER: Te queda la duda, ¿no?

NIELSEN: ¿Qué quieres decir?

GRUBER: ¿No lo ves? Su unidad había logrado una posición de avanzada. Si el resto del batallón se hubiese unido a ellos, hubiésemos podido flanquear a los rebeldes, arrojarlos contra el desierto, exponerlos a espacios abiertos.

NIELSEN: No es tan fácil. Estos malditos llevan meses sin que los podamos mover de sus posiciones.

GRUBER: Porque no hemos tenido ventaja táctica. Pero la hubiésemos logrado. ¿Y qué pasó?

NIELSEN: No, no a todos. Agarraron a este, lo torturaron. Hace menos de 48 horas que barrieron a toda la unidad en una emboscada. Y ahora lo encontramos a este, aquí. Vivo.

GRUBER: Es muy grave lo que estás insinuando.

NIELSEN: Piénsalo.

VAN DE KORPUT: ¡Carajo, ustedes dos! ¿No tienen la menor decencia? Este tipo está muriéndose y ustedes diciendo esta mierda. Sigán así y se lo voy a decir al teniente coronel.

NIELSEN: Tú no vas a decir ni mierda porque te parto en dos.

VAN DE KORPUT: Inténtalo.

GRUBER: ¡Hey, basta! *(Se interpone entre los dos)*. ¡Basta! Por favor. Aléjense.

NIELSEN: Mexicano de mierda. Estos hijos de puta se meten a los Marines para que los hagan ciudadanos. No tienen honor, no tienen patria. No creas que no voy a decir nada. Dos más dos, Van de Korput. Dos más dos, Gruber. Sumen y saquen cuentas.

Rogers regresa seguido de dos enfermeros cargando una camilla. Con extremo cuidado colocan al maltrecho García sobre la camilla. Rogers coloca una sonda intravenosa conectada a un botellín de suero. Los camilleros levantan la camilla con García encima y salen lentamente, seguidos por Rogers que carga el botellín con el suero. Al pasar al lado de Nielsen, este escupe al suelo pero Rogers no se da cuenta.

GRUBER: ¿Y ahora?

VAN DE KORPUT: Ahora a esperar al teniente coronel. ¿No venía para acá?

GRUBER: No debe tardar.

NIELSEN: ¿Hay algo más que extraer de esta pocilga?

VAN DE KORPUT: No, no queda nada.

De nuevo se escucha el sonido de un vehículo que se aproxima rápidamente. Se oye una portezuela que se cierra y entra González. Los otros tres se cuadran y saludan militarmente.

GONZÁLEZ: Descansen, hombres. Gruber, su reporte.

GRUBER: Teniente coronel, confirmando los reportes nos acercamos a este caserío y en esta casa encontramos al cabo García. El cabo parecía gravemente herido. Comunicamos inmediatamente su posición al capitán Rogers, que se lo llevó en camilla con otro personal médico.

GONZÁLEZ: ¿Hacia dónde se dirigen?

GRUBER: El capitán Rogers dijo que tenía que evacuar inmediatamente al herido hacia Bagdad, debido a su gravedad.

GONZÁLEZ: ¿Hablaron con él, con García?

Nielsen hace un ruido de burla, González lo mira pero no dice nada.

GRUBER: Eh... no. Bueno, intentamos, pero estaba muy débil. Al parecer sólo decía incoherencias.

GONZÁLEZ: ¿Conocen la extensión de sus heridas?

GRUBER: No, señor, salvo que parecían muy graves. El capitán Rogers dijo que difícilmente hubiera sobrevivido más de un día en estas ruinas si no lo hubiésemos encontrado.

NIELSEN: Es casi como si hubiesen querido que lo encontrásemos rápido...

GONZÁLEZ: ¿Perdón, Nielsen?

NIELSEN: ¡Señor!

GONZÁLEZ: ¿Se le ha dado permiso de hablar?

NIELSEN: ¡No, Señor!

GONZÁLEZ: Bien, espere su turno.

NIELSEN: *(Se cuadra)*.

GONZÁLEZ: Continúe, Gruber.

GRUBER: Eso es todo, señor. No sé si los otros tengan algo que agregar. *(Mira a Nielsen y Van de Korput, que no dicen nada)*.

GONZÁLEZ: ¿Algo más que reportar?

GRUBER: Nada, pero pondré todo esto en mi reporte.

GONZÁLEZ: Muy bien. Gruber, Van de Korput, reinténgense a su unidad. Nielsen, espere aquí.

Gruben y Van de Korput se cuadran, saludan y salen por donde entraron.

NIELSEN: ¡Señor!

GONZÁLEZ: ¿Cuál es su problema?

NIELSEN: Ninguno, señor.

GONZÁLEZ: Si tiene algo que decir, dígalo ahora mismo. Si no, guárdese.

NIELSEN: ¡A la orden, señor!

GONZÁLEZ: ¡Retírese!

Nielsen se cuadra, saluda, da la media vuelta y abandona la escena por el mismo lugar que Gruber y Van de Korput. González examina detenidamente el lugar, permanece unos instantes callado y finalmente sale detrás de los otros.

LAS LUCES SE VAN APAGANDO PAULATINAMENTE HASTA DEJAR
EL ESCENARIO TOTALMENTE A OSCURAS. FINAL DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO 3

Escena 1

Escenario casi totalmente a oscuras, excepto por una zona en el centro, iluminada por uno o más reflectores, donde se encuentra una mesa de metal dividida por un cristal. De un lado de la mesa, sobre una silla, se sienta Ramón en actitud expectante. Al otro lado de la mesa, justo enfrente de él, hay una silla vacía.

Luego de dos o tres segundos de absoluto silencio, un reflector en el extremo izquierdo de la escena ilumina a Daniel, que entra en escena y camina lentamente, seguido por el reflector hasta el centro, donde mira primero a su hijo, sin decir nada, y luego se sienta lentamente en la silla vacía.

Los dos se miran, sin decir nada, por tres o cuatro segundos.

RAMÓN: Nunca pensé que vendrías.

DANIEL: Nunca pensé venir.

RAMÓN: Mi mamá te convenció.

DANIEL: Intentó. Pero no lo consiguió. Si estoy aquí es porque quise venir.

RAMÓN: No tienes por qué mentir.

DANIEL: No miento.

RAMÓN: Y ¿de qué quieres hablar? ¿De la traición a mis valores, a mi nación, a mi bandera? Si quieres hablar de eso hay mucho tema por abarcar, porque por un lado, según tú, yo traicioné al país donde nací; y según un montón de gente aquí, traicioné al país al que yo quiero. Así que elige. O hablemos de todo.

DANIEL: Tampoco vine a eso.

RAMÓN (*irónico*): ¡Ah! Y entonces, ¿a qué debo el placer?

DANIEL: Vine a ver a mi hijo.

RAMÓN: Pensé que ya no tenías hijo.

DANIEL: No es eso.

RAMÓN: Entonces, ¿qué es?

DANIEL: No sé si te volveré a ver. No sé si tu madre te volverá a ver. Eres mi hijo. No apruebo lo que has hecho, nunca lo haré. Pero sigues siendo mi hijo.

RAMÓN: Soy inocente.

DANIEL: No hablo de esto, de lo de ahora. Esto que está pasando es consecuencia de lo que hiciste antes.

RAMÓN (*irónico de nuevo*): Claro. Al final, todo es culpa mía. De todos modos Juan te llamas.

DANIEL: ¿No lo ves? Es como una piedra rodando cuesta abajo. Pero tú le diste el primer empujón. Estás aquí porque le diste el empujón. Nada de esto hubiera pasado.

RAMÓN: Claro, el empujón.

DANIEL: Te lo dije en la casa, antes que te llevaran. Son tus actos y tienes que asumir la consecuencia de tus actos.

RAMÓN: No. Estos no son mis actos. Yo no hice nada. Me torturaron hasta que pensé que me iba a morir del dolor. Pero no dije nada. No traicioné a nadie. Me acusan injustamente.

DANIEL: ¿Tú crees que a estos les importa si fuiste tú quien traicionó o fue otro? ¿Qué no ves que tú les venías como anillo al dedo, como chivo expiatorio? ¿O todavía eres tan ciego o tan soberbio para no saber que fuiste carne de cañón, vivo o muerto, carne de cañón?

Ramón, furioso, se da la vuelta en su silla y queda de espaldas a Daniel. Daniel se levanta lentamente, da media vuelta y comienza a caminar hacia la salida, pero se arrepiente, se detiene, da media vuelta y se dirige de regreso hacia la silla, donde se sienta. Dos o tres segundos de silencio.

DANIEL (*mirándose las manos*): Cuando me casé con tu madre queríamos una familia grande. Como sabes, soy el mayor de seis, y tu mamá es la segunda de ocho. Pero luego que naciste vimos que no nos iba a alcanzar para mantenernos. Ni con todo el trabajo que los dos teníamos, apenas sacábamos para comer y para zapatos. Tu mamá quería que nos fuéramos para la capital, porque tenía mucha familia ahí. Fui yo quien quiso venirse para

acá. *(Silencio)*. Lo más fácil hubiera sido pensar que pude haber hecho las cosas de otra manera. Si hubiera podido evitarlo, lo hubiera hecho: venir acá. No me gusta este país ni esta gente, pero queríamos salir adelante, y queríamos dejar algo para nuestros hijos. Y al final sólo te tuvimos a ti, y aquí estás ahora. *(Silencio)*. Tus actos también son consecuencia de los míos. *(Silencio)*. A lo mejor tú empujaste la piedra cuesta abajo, pero quien la trepó a lo más alto del cerro fui yo. Y quien te puso detrás de la piedra fui yo. Por eso estoy aquí.

Ambos guardan silencio. Daniel se levanta de nuevo pero Ramón se da vuelta y se queda viéndolo otra vez. Daniel se sienta.

DANIEL: Tu mamá viene mañana.

RAMÓN: ¿Cómo está?

DANIEL: Mal, muy mal. A veces llora toda la noche en la cama, cuando cree que estoy dormido. Y a veces se levanta y se va a la sala a llorar y cuando despierto me doy cuenta que no ha dormido nada.

RAMÓN: Se va a enfermar.

DANIEL: No, ya está enferma. Lo único que le va a hacer bien es venir a verte.

RAMÓN: No sé cuánto tiempo más voy a estar aquí. En algún momento me trasladarán.

DANIEL: ¿A dónde?

RAMÓN: No sé. El teniente coronel González dice que a una prisión militar de alta seguridad. Pero dice también que puede haber una decisión de más arriba y que entonces pueden irse por la vía más sencilla.

DANIEL: ¿Cuál es esa?

RAMÓN: Deportarme.

DANIEL: ¿Deportarte? ¿Cómo?

RAMÓN: Deportarme a México.

DANIEL: No entiendo.

RAMÓN: Nunca me dieron la nacionalidad. Me la iban a dar al final de mi servicio. Me iban a dar una medalla. Aquí me ves. González me dice que no soy el primer caso, que ha habido otros.

DANIEL: ¿Y qué pasa?

RAMÓN: Depende de la sentencia, de cuándo sea.

Guardan silencio ambos. Algunos reflectores se apagan, dejando un reflector sobre cada personaje en la escena.

DANIEL: No lo puedo creer.

RAMÓN: Sería la mejor de las salidas. Pero es irónico, ¿no?

DANIEL: ¿Cómo?

RAMÓN: Tú siempre queriendo volver. Igual el primero que regresa soy yo.

DANIEL: ¿Quieres volver?

RAMÓN: No, papá. No quiero. Yo soy de aquí. No quiero volver. No tengo nada a que volver. Pero no tengo alternativa: o paso el resto de mi vida tras las rejas, o me voy a donde no quiero ir, para siempre. Hubiese sido mejor que me hubiesen fusilado.

DANIEL: No digas eso.

RAMÓN: ¿Por qué no? Así se acaba todo y ya.

DANIEL: Pero eres inocente...

RAMÓN: ¿Lo crees? Yo también. No lo creo, lo sé. Pero aquí ya me encontraron culpable y se acabó todo. No importa ya lo que diga o crea.

DANIEL: ¿Y González?

RAMÓN: Él aún cree que puede demostrarse mi inocencia. Insistirá, pero no hay pruebas ni en un sentido ni en otro. Mi palabra, contra la de quien o quienes me acusaron. Y la evidencia que mi unidad fue destruida. Al final es eso: la sangre de ellos cayó sobre mi cabeza.

DANIEL: Lo siento, hijo.

RAMÓN: No es culpa tuya.

DANIEL: Al final, sí. Y al principio.

Guardan silencio, la cabeza gacha. Por el lado derecho del escenario, el más cercano a Ramón, entra un policía militar que silenciosamente lo toma por un brazo y se lo lleva fuera de la escena. Daniel permanece un par de segundos más, en absoluto silencio.

Se apaga el reflector que iluminaba a Ramón. Daniel se levanta y camina, arrastrando los pasos, hacia su salida por el lado izquierdo del escenario. Se apaga el reflector que iluminaba a Daniel. Se apaga el reflector que iluminaba la mesa.

OSCURIDAD TOTAL. FIN DE ESCENA.

Escena 2

Casa de Ramón y sus padres. La escena corresponde al año anterior. Daniel y Eugenia están en el comedor, haciendo sobremesa. Toman café mientras los platos sucios de la cena se acumulan aún sobre la mesa. Daniel fuma. Se escucha música de un pequeño aparato de sonido. Se escucha el ruido de una cerradura abriéndose.

EUGENIA (*emocionada*): ¡Es Ramón!

Se levanta de la mesa pero Daniel le hace un gesto enérgico de sentarse.

DANIEL: ¡Tranquila! ¡Ni que no lo vieras todos los días! ¡Nomás malcriándolo!

EUGENIA: Ay viejo, cómo eres aguafiestas...

Ramón entra en escena por la izquierda. Carga una mochila y lleva unos papeles en la mano. Trae el cabello prácticamente recortado al rape. Mira a sus padres y estos los miran.

DANIEL (*indicándole con la mano una silla vacía al otro extremo de la mesa*): ¡Siéntate, hijo! O qué, ¿es concurso de miradas?

EUGENIA: ¡Siéntate, mijito! ¿Tienes hambre?

RAMÓN: No, mamá, gracias, ya comí algo por ahí.

EUGENIA: ¡Ay! ¿Qué andas comiendo por ahí? ¿No ves que pura porquería hay en la calle? Te va a hacer daño, seguro comiendo hatdogs y janberguers...

RAMÓN: No, comí bien, no te preocupes.

DANIEL: Bueno, ¿dónde andabas?

RAMÓN: De eso quería hablarles...

EUGENIA: Mijo, ¿un cafecito?

DANIEL: ¡Ay, Eugenia, ya por Dios! Ni que tuviera diez años. Si el muchacho quiere un café, él perfectamente puede levantarse y servírselo. ¿Verdad, hijo?

EUGENIA: ¡Qué va! (*Eugenia se levanta y le da un abrazo a su hijo, al que no deja levantarse, y un beso en la frente. Acaricia su cabeza completamente rapada*). Bueno, hijo, ¿y esta rapada? ¿Por qué? Con lo bonito que tienes el cabello.

DANIEL: Se ve bien, y además con el calor que está haciendo, así va a estar más fresco. ¿O no, hijo?

RAMÓN: Es que de eso quería hablarles...

EUGENIA: Espérate, que te sirva tu cafecito...

Eugenia abandona el comedor por la derecha, rumbo a la cocina. Daniel y Ramón se miran un momento en silencio y rien de buena gana. Daniel da un trago a su café y una calada a su cigarrillo. Eugenia regresa con una taza de café humeante y la pone frente a su hijo. Regresa a su silla y se sienta.

EUGENIA: Ahora sí, hijo. ¿Qué nos querías contar?

RAMÓN: Pues es que no quiero nomás estar de improductivo...

DANIEL: Si lo dices por cuestión de chamba, tampoco te preocupes mucho. Ya hablé con el señor Donoghue, hay chance en su taller. Hacen muy buenos trabajos ahí, tiene muy buena clientela, y tú ya sabes hacer muchas de esas cosas: cambios de aceite, alineamiento, motor. Y bueno, pues con lo que me ayudes también con eso vamos jalando más clientes.

RAMÓN: Gracias, papá. Pero no es eso.

DANIEL: ¿Entonces?

RAMÓN: Es que no estoy seguro que les vaya a gustar...

EUGENIA: ¡Ay, hijo! ¡Me estás asustando!

DANIEL: Sí, oye, no nos vayas a salir con que te hiciste mormón o testigo de Jehová...

RAMÓN: No, tampoco. ¡Déjenme hablar, déjenme explicarles! (*Hace una pausa hasta asegurarse que sus padres no van a hablar*). Quiero hacer algo con mi vida. Algo que no sea... esto. Lo mismo de

siempre. Ir de un oficio a otro. Quiero ir a la universidad pero sin papeles, ¿pues cómo? Y hay algo más, la vida tiene que tener algo más que hacer lo mismo que tú, papá. (*Hace otra pausa*). No lo tomes a mal, papá. Tú tampoco, mamá. Yo sé lo duro que ustedes trabajan. No es por eso. Es porque yo quiero llegar a más, y no creo que haya nada de malo en ello.

DANIEL (*muy serio*): Nada hay de malo en lo que yo hago, o lo que hace tu madre, para ganarnos el pan. ¿O estás diciendo que te avergüenzas de nosotros?

RAMÓN: No, no es eso, papá. ¿Ves? Yo sabía que no les iba a gustar, pero ya lo hecho, hecho está y no puedo dar marcha atrás.

EUGENIA: Pero hijo, ¿pues qué hiciste?

RAMÓN: Nada malo. (*Se levanta*). Miren, lo pensé mucho. No es una cosa fácil y puede ser muy arriesgado. Pero creo que es la mejor solución. Esta tarde me uní al cuerpo de Marines de los Estados Unidos. (*Guarda silencio. Daniel y Eugenia se miran también en silencio y luego miran a Ramón. Daniel intenta levantarse, pero vuelve a sentarse. Eugenia mira fijamente su taza de café, luego a su marido. Saca un pañuelo y hunde su cara en él. Ramón los mira a los dos. Hace un gesto de dirigirse a su madre, pero finalmente se sienta*). Es lo que es, papá, mamá. Ya me enlisté.

DANIEL (*se levanta airado, grita*): ¿Cómo pudiste, desgraciado, ingrato? ¿Cómo pudiste?

RAMÓN: Papá...

DANIEL (*aún de pie y gritando*): ¿No ves lo que has hecho, idiota?
¿No lo ves? ¿No ves cómo está tu madre? ¿Eso es lo que querías,
matarla de la pena?

RAMÓN: Papá, nadie se ha muerto...

DANIEL: ¡Cállate, no seas payaso! (*Daniel se dirige hacia su hijo*). ¡Te
voy a quitar lo pendejo a chingadazos!

*Eugenia reacciona inmediatamente, levantándose sin dejar de afianzar
en una mano su pañuelo, y llegando hasta donde se encuentra Ramón
para protegerlo con su cuerpo.*

EUGENIA (*a gritos*): ¡Por favor, por favor, por favor! ¡Daniel, no! ¡A
golpes, no!

*Madre e hijo se abrazan. Daniel se queda parado a mitad del escenario,
con las manos en puño, respirando agitadamente. Regresa a su silla, y
luego de un segundo de silencio arroja su taza contra el suelo.*

DANIEL: No puedo creer que hayas hecho algo así.

EUGENIA (*todavía abrazando a su hijo*): ¡Ay, hijito! ¿Por qué? ¿Por qué
tienes que hacer algo así?

RAMÓN: Déjenme hablar, déjenme explicar. Vamos, mamá, déjame.

*Eugenia suelta a su hijo, mira a su marido, se seca las lágrimas y regresa
pesadamente a su silla.*

RAMÓN: Me ofrecieron la ciudadanía a cambio de servir un turno de combate. Me entrenarán, son los Marines. Y al final de todo esto tendré mi ciudadanía.

DANIEL: ¡Turno de combate! (*Eugenia llora a gritos*). ¡Cállate, mujer!

RAMÓN: ¡No le hables así!

DANIEL: Turno de combate, ¿dónde?

RAMÓN: No sé. Irak, Afganistán, no sé dónde.

DANIEL: Te van a matar, pendejo. Te van a matar. Lo sabes, ¿no? Sabes que somos carne de cañón, o ¿estás tan ciego que no lo quieres ver?

RAMÓN: Soy consciente de los riesgos.

DANIEL: No lo creo. Yo creo que no tienes ni idea de lo que acabas de hacer. Te vendiste por un pinche papel. Ahora asume las consecuencias. Entiende que, si vuelves, vas a volver en una caja, o mutilado o loco. Y ahí está tu pinche ciudadanía.

RAMÓN: Y también puedo volver sin una sola herida, a lo mejor hasta con una medalla y con mi ciudadanía. Y con esa ciudadanía no sólo puedo ir a la universidad, sino que hasta puedo arreglarles los papeles a ustedes. ¿No te das cuenta, papá, que también lo hago por ustedes, por mamá y por ti?

DANIEL: Ni necesito tus pinches favores, ni los ando pidiendo. Yo me crucé solito el río, con ustedes dos detrás, y los traje hasta aquí

y aquí hemos vivido, con limitaciones pero saliendo adelante. Sin necesitar de nadie.

RAMÓN: Saliendo adelante, ¿cómo? ¿Cómo vas a vivir cuando seas viejo, cómo vas a cuidar de mamá, o ella de ti? No tienen derecho a ningún beneficio. Con los papeles arreglados es otra cosa.

DANIEL: Con los papeles arreglados no es nada. Seguimos siendo carne de cañón, gente de segunda. Nunca necesitamos de nadie, y nunca necesitaremos de nadie, y cuando sea hora volveremos a nuestro país, si aquí sólo venimos para ganarnos la vida. Y no es así, metiéndose al ejército, como vamos a solucionar las cosas. Así no, hijo. Regresa donde fuiste y les dices que cambiaste de opinión y que no te vas con ellos.

RAMÓN: Ya no puedo hacerlo, es demasiado tarde.

DANIEL: Por eso el pinche peladito, ¿verdad? Por eso... desgraciado.

RAMÓN: Por mi futuro y el de ustedes. Porque este es mi país, no conozco otro, y porque no tiene que ser como tú dices. Y esta es la mejor manera. Y pues si toca sacrificarse un poco, lo haré.

DANIEL: Yo no vine aquí, ni tu madre tampoco, para que a nuestro único hijo nos lo vuelen en pedazos en quién sabe qué país. ¿Pues que no ves las noticias en la tele?

RAMÓN: Sé lo que estoy haciendo, papá.

DANIEL: No, hijo. No sabes nada. No ves nada. Estás ciego.

Daniel se levanta y se va hacia la cocina. Se oyen luego sus pasos, bajando la escalera hacia el sótano. Ramón y Eugenia quedan en silencio. Ramón apaga la música del aparato de sonido.

Eugenia hunde de nuevo su cara en el pañuelo y sigue llorando. Ramón se sienta, da un sorbo a su café, pero inmediatamente después se levanta y sale del escenario por donde entró, cargando la mochila que había dejado en el suelo. Sólo queda en escena Eugenia, llorando en silencio.

La luz va descendiendo en intensidad progresivamente hasta que sólo queda un reflector; luego éste se apaga rápidamente.

OSCURIDAD TOTAL. FIN DE ESCENA.

Escena 3

Escenario totalmente a oscuras. Primero se enciende un reflector central que ilumina el cuerpo de un prisionero de guerra desnudo y sangriento, encapuchado, inconsciente, tendido sobre el escenario. Formando un triángulo, tres reflectores iluminarán progresivamente y en sucesión a Voz 1, Voz 2 y Voz 3, a quienes percibimos únicamente como figuras encapuchadas, casi amorfas. A lo largo de la escena las figuras se mantendrán estáticas, como vigilando el cuerpo de Ramón, quien no se moverá para nada.

Silencio total durante tres o cuatro segundos.

Voz 1: El último emperador murió con la cabeza cortada por la espada de un jefe bárbaro.

Voz 2: Antes de morir, el jefe bárbaro le preguntó si tenía algo que decir.

Voz 3: El último emperador lo miró fijamente y preguntó: ¿dónde han quedado las sombras?

Voz 1: Nadie sabía de qué hablaba.

Voz 2: Era de día. Alguno pensó que hablaba de las sombras de esa mañana.

Voz 3: No tenía sentido.

Voz 1: La espada del jefe bárbaro cortó el cuello del último emperador de un tajo limpio. Antes de besar el suelo ya había muerto.

Voz 2: Nadie supo qué quiso decir con aquello de las sombras.

Voz 3: Excepto que alguien sí sabía: un hombre sabio que aconsejaba al emperador y que había conseguido escapar.

Voz 1: Había un árbol en el jardín del palacio del emperador.

Voz 2: Cada día, a la sombra de aquel árbol, el emperador leía antiguos libros que le traía el sabio.

Voz 3: Libros de poesía, de historia, de filosofía, de retórica...

Voz 1: Libros de los viejos sabios griegos...

Voz 2: El emperador leía, bajo la sombra, y comía frutas de un plátano y bebía vino de una garrafa.

Voz 3: El sabio, a veces, se sentaba a su vera y leía con él.

Voz 1: O le leía a él.

Voz 2: Es lo mismo.

Voz 3: Bajo esa sombra, la sombra del árbol.

LAS TRES VOCES (*al unísono*): Esas eran las sombras.

Voz 1: Cuando el emperador preguntó por última vez...

Voz 2: Preguntaba por esas sombras...

Voz 3: Por esos momentos, por esos libros...

LAS TRES VOCES: ¿Dónde quedaron esas sombras?

Voz 1: Porque lo que fue, ya no volvería a ser más.

Voz 2: Ya no habría paz...

Voz 3: Ni libros, ni frutas, ni vino.

LAS TRES VOCES: Sólo sombras, tal vez.

Voz 1: El sabio huyó.

Voz 2: Se llevó todos los libros.

Voz 3: Se ocultó en un monasterio y ahí murió, y los libros se quedaron en esa biblioteca.

Voz 1: Tal vez se hayan perdido muchos, para siempre.

Voz 2: Algunos sobrevivieron.

Voz 3: No sobrevivió el imperio, ni tampoco los bárbaros.

Voz 1: Nada de lo que esta gente toca es eterno.

Voz 2: Sólo Dios es eterno.

Voz 3: Y los bárbaros siguen cortando cabezas...

LAS TRES VOCES: Siguen sin entender las sombras.

Voz 1: Deberíamos preguntarle si tiene una última petición.

Voz 2: Tal vez pregunte por las sombras.

Voz 3: No. Lo hemos tenido a la sombra. Preguntará por la luz.

Voz 1: Sólo Dios es luz.

Voz 2: Eso no lo sabe él.

Voz 3: Su Dios no es de luz, es de espadas, es de guerras.

Voz 1: Pero le hemos dado la oportunidad...

Voz 2: ...De enderezar el camino...

Voz 3: ...De ver una nueva luz...

Voz 1: No a todos se les da esa oportunidad.

Voz 2: No a todos se les muestra la puerta.

Voz 3: No todos podrán disfrutar de la tibieza de la sombra.

VOCES 1, 2, 3: No todos ven la sombra, especialmente lo que duermen bajo ella.

Voz 1: ¿Qué dirán de éste?

Voz 2: Le acusarán. Le juzgarán. Le condenarán.

Voz 3: ¿Cortarán su cabeza?

Voz 1: ¿Importa?

Voz 2: A alguien le importará.

Voz 3: Sólo aprenderán gota tras gota, cadáver tras cadáver.

Voz 1: Más le valdría huir, ocultarse en una cueva.

Voz 2: ¿Cómo el sabio del cuento?

Voz 3: De este no dirán que era sabio. Dirán otras cosas.

Voz 1: No perdamos más tiempo.

Voz 2: Lo hecho, hecho está. Ya vivirá él las consecuencias de sus actos.

Voz 3: Lo sabe, y si no lo sabe, se dará cuenta.

Voz 1: No creo que viva.

Voz 2: Vivirá.

Voz 3: Vivirá para ver el horror, el horror que él mismo causó.

Voz 1: ¿Sólo él? Es apenas uno, en un enjambre de bárbaros.

Voz 2: Uno es igual a otro.

Voz 3: No perdamos tiempo pensando demasiado en éste, o en otros.

Voz 1: Cierto, no es el único.

Voz 2: Otros hablarán, algunos no.

Voz 3: Al final, es lo mismo.

Voz 1: Debemos avisar arriba.

Voz 2: Este trabajo está terminado.

Voz 3: ¿Lo vamos a dejar a la sombra?

VOCES 1, 2, 3: A las sombras.

Voz 1: No puede quedarse aquí.

Voz 2: Lo dejaremos donde lo puedan encontrar.

Voz 3: Y ahí sacarán conclusiones.

Voz 1: Y entonces lo condenarán.

Voz 2: Le cortarán la cabeza.

Voz 3: Todo se cumple.

VOCES 1, 2, 3: Hora de irse.

Voz 1: Otros vendrán por él.

Voz 2: Ya sabrán dónde dejarlo.

Voz 3: Donde puedan encontrarlo.

Voz 1: Mientras más rápido, mejor.

Voz 2: Así podrán atar cabos, sacar conclusiones.

Voz 3: Establecer responsabilidades.

Del cuerpo inmóvil del prisionero surge un débil lamento.

Voz 1: Está volviendo en sí.

Voz 2: A pesar del dolor.

Voz 3: A pesar de la sangre.

Voz 1: Es hora.

Voz 2: No podemos retrasar esto más.

Voz 3: Perderíamos la oportunidad.

Voz 1: Actuemos.

Voz 2: De prisa.

Voz 3: Y que sean ellos los que determinen el final.

Voz 1: Lo mirarán y sabrán que algo pasó.

Voz 2: Lo mirarán, y pasarán de la sombra a la luz.

Voz 3: Lo mirarán, pero no sabrán resolver el enigma.

Las luces que iluminan a Voz 1, Voz 2 y Voz 3 se van apagando una a una. Escenario en silencio, con un solo reflector iluminando el cuerpo inmóvil. Entran en la luz dos o tres figuras completamente vestidas de negro que levantan cuidadosamente el cuerpo y se lo llevan fuera de la zona iluminada hacia la penumbra. Silencio total. Se apaga el último reflector.

FIN.

Blind Spot, de Gerardo Cárdenas,
se terminó de imprimir en marzo de 2015
en los talleres de Editorial Color S.A. de C.V.,
Naranjo 96-Bis, México D.F.,
Colonia Santa María la Rivera.